

CREANDO IMÁGENES, FABRICANDO HISTORIA: CUBA EN LOS INICIOS DEL SIGLO XX*

Consuelo NARANJO OROVIO

Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España

La alegría del pueblo era inmensa; se desbordaba por todas partes; se expresaba en cuantas formas puede exteriorizarse ese sentimiento. Los cubanos estaban delirantes; no había hogar, por modesto que fuera, que no apareciese en alguna forma engalanado, y los fuegos artificiales, los gritos, las aclamaciones, los cantos y las músicas saludaban, desde los primeros resplandores del alba y con estruendosa algazara, la que para todos era aurora de gratas esperanzas, consagración definitiva de un anhelo por muchos años suspirado.

CON ESTAS PALABRAS RAFAEL MARTÍNEZ ORTIZ, contemporáneo del fin de la soberanía española en Cuba, observador atento de los acontecimientos, miembro del gobierno en distintos momentos, transmite el estado de ánimo que embargó a la población de la isla el 1º de enero de 1899, cuando John R. Brooke, mayor general del ejército de Estados Unidos,

* Estudio realizado dentro del Proyecto de Investigación BHA2000-1334 (MCyT). Quiero agradecer la ayuda que me han prestado en la elaboración de este trabajo a mis colegas Leida Fernández Prieto, Reinaldo Funes, Mercedes Valero, Enrique López, Carmen Almodóvar y Yolanda Díaz, ya que parte de las obras que utilizo, que sólo se encuentran en La Habana, las he conseguido a través de ellos.

comandante de la división de Cuba, asumió el mando de la isla.¹

LOS COMIENZOS INCIERTOS

Como si se tratara de una cámara fotográfica, los literatos y poetas cubanos de principios del siglo XX dibujaron con sus palabras el estado de ánimo de los habitantes de la isla. Los vítores con los que buena parte de la población acogió a los estadounidenses, para muchos símbolo de progreso, modernización y democracia, la atmósfera de júbilo ante el fin del largo colonialismo español, los aires de paz y libertad que embriagaban a los hombres y mujeres tras 30 años de guerra, se nublaban con la desconfianza de algunos cubanos ante la presencia militar estadounidense y la lógica incertidumbre reinante.

La gente en las calles, los balcones, plazas, avenidas y comercios adornados esperaban con alegría desbordante la llegada de las tropas estadounidenses, que desde las primeras horas de la mañana avanzaban hacia el Palacio, situado en el centro de La Habana, desde distintos puntos de la capital, Punta, Calzada San Lázaro, Isabel la Católica, Avenida de Paula, Parque de Neptuno, Monserrate y Colón. En este ambiente festivo se produjo el tránsito de una soberanía a otra; la subversión del orden colonial se producía en momentos en que el vacío de poder era evidente.

Uno de esos momentos fue el acto solemne celebrado en La Cabaña, en el Morro de la bahía de La Habana, el domingo 1º de enero de 1899, a las doce del mediodía, cuando tras una salva de 21 cañonazos, al son de la Marcha Real, se procedió a arriar la bandera española y en su lugar se izó la estadounidense. A la misma hora, al otro lado de la bahía, en el Salón del Trono del Palacio, el general Adolfo Jiménez Castellanos le entregaba los poderes al general Brooke.

Ignacio Sarachaga recogió en *¡Arriba con el Himno!* el cambio de poderes ante un pueblo ávido de expectativas y

¹ MARTÍNEZ ORTIZ, 1929, t. 1, p. 18.

también de preguntas, en el que junto al himno de Bayamo se daban vivas a Cuba Libre y a los estadounidenses:

Habaneros, a gozar:
cesó la dominación,
y el hispano pabellón
a las doce se ha de arriar.
En su lugar subirá
la bandera americana;
pero pronto dejará
ese puesto a la cubana.
Habaneros, a gozar.²

Al igual que en La Habana, en todas las ciudades se siguió la misma ceremonia con gran solemnidad en las fortalezas y los edificios públicos. En Matanzas, a las doce menos diez minutos, al mando del teniente coronel, M. Edgar Padwin, el tercer batallón del tercer regimiento de Ingenieros Voluntarios de Estados Unidos entró en el castillo de San Severiano. A las doce en punto, tras el disparo de un cañonazo, la comisión nombrada para hacer la entrega de poderes en la fortaleza comenzó a arriar la bandera española. Tras este momento solemne —que algunos cronistas califican de “casi religioso”— se presentaron armas, sonaron las cornetas y, tras un segundo cañonazo, se comenzó a izar la bandera estadounidense. A esa misma hora, en el Palacio de Gobierno de Matanzas se llevaba a cabo una ceremonia similar.³

En todas las ciudades y pueblos de la isla la situación fue parecida, la evacuación silenciosa de las tropas españolas fue seguida de la entrada de las tropas estadounidenses, aclamadas en muchos lugares por la multitud y en cuyo honor se celebraron bailes y recepciones. En La Habana se levantó un arco triunfal en la calzada San Lázaro, esquina con Prado, por donde desfilaron las tropas estadounidenses el 1º de enero. Su presencia no sólo significaba el fin de

² *¡Arriba con el Himno!* fue escrita en 1900. Véase SARACHAGA, 1975, t. 2, pp. 277-330.

³ *Diario de la Marina*, año LX, núm. 6, La Habana, 6 de enero de 1899.

la soberanía de España, sino que fue presentada como el advenimiento de un tiempo nuevo y diferente que bajo la tutela de Estados Unidos ponía fin al desorden y la tiranía.

Así, finalizada la guerra, la población cubana recibió mensajes que contenían sin duda nuevos contenidos y valores políticos, morales y cívicos. La gran nación les llevaría la paz, la tranquilidad, el trabajo ordenado, el respeto a la ley y a las autoridades, así como la confraternidad de todos los hombres sin diferencias de procedencia o ideales políticos. En Trinidad, el gobernador militar estadounidense, George Le Roy Brown, en su discurso a la población, el 25 de diciembre de 1898, resumía en pocas palabras, cargadas de alegorías, la misión civilizadora y la regeneración cívica y moral de Estados Unidos en Cuba, en ese “precioso Edén”, como él decía. Establecer en Cuba un gobierno estable que garantizase las vidas, las haciendas y los derechos de todos los ciudadanos, según las palabras del gobernador, era el objetivo de Estados Unidos.⁴

A estos momentos de júbilo les siguió, o quizá fue simultáneo, un sentimiento de amargura, impotencia e indefensión ante el gobierno interventor. A pesar de esta euforia generalizada, no faltaron las críticas a la ocupación estadounidense. No sólo eran los sectores pro españoles los que miraban con recelo la intervención; también lo hicieron aquellos que consideraron que la libertad lograda no era completa ni real. Agustín Cervantes comentaba en *La Libertad*, el 5 de enero de 1899:

El verdadero día de júbilo para Cuba será aquel en que, cumplida la misión que trajo a esta tierra a los ejércitos americanos, la bandera que hoy flota en el Morro se pliegue para dar paso a aquella por la cual tantos héroes han derramado su sangre.

Algunos poetas, como Bonifacio Byrne, plasmaron su pesimismo y amargura:

⁴ *Diario de la Marina*, año LX, núm. 5, La Habana, 5 de enero de 1899.

Al volver de distantes riberas
con el alma enlutada y sombría
afanoso busqué mi bandera
y otra he visto, además de la mía.⁵

A todo ello hay que añadir el modo en que se produjo el fin de la guerra en Cuba, que marcó el destino del país, al menos durante los años inmediatos al término de la contienda. La intervención de las tropas estadounidenses en la guerra condicionó y relegó el papel de los independentistas cubanos en la firma del Tratado de París, en noviembre de 1898, y estableció en el país unas condiciones nuevas que afectaron no sólo en los sectores económico, comercial o político, sino que también tuvieron repercusiones en las mentalidades y en la cultura popular. Tras 30 años de guerra, la paz llegaba subordinada a la presencia militar estadounidense, arrogándose el derecho de considerarse sus garantes.

La inexistencia en estos primeros momentos de una conciencia colectiva, de un pensamiento uniforme que explicase el pasado y ayudara a crear un presente propio cubano alimentó la incertidumbre, el desorden y la desconfianza de unos y otros.⁶ Quizá lo único que unía al pueblo de Cuba era la lucha por su independencia, de ahí que la reivindicación de los héroes que por ella contendieron fuera uno de los elementos articuladores de su discurso nacional:

Queremos todos la independencia
sépanlo el yankee y el español;
nuestra divisa es Cuba libre
de toda extraña dominación.

El extranjero nos acaricia
barre las calles que es un primor;
pero se lleva todo el dinero
de las aduanas a Nueva York.

⁵ Bonifacio Byrne, "Mi bandera", publicado en 1904.

⁶ GEERTZ, 1992.

Y viva Cuba, viva mi tierra,
viva Cisneros, viva Masó,
una corona para sus frentes.
¡Una es muy poco, merecen dos!⁷

En estos primeros momentos, se procedió no sólo a la sustitución de banderas, a la inversión de símbolos y redefinición de espacios públicos, sino también a la negación de valores tradicionales hispanos que, en esos momentos, pareciera no podían mantenerse ante los aires de modernidad y de progreso que contenía todo lo procedente de Estados Unidos: desde los más pequeños elementos materiales, muy útiles en la vida cotidiana, hasta las ideas políticas, políticas higiénico-sanitarias o prácticas culturales.

La imagen de civilización, higiene y progreso de Estados Unidos caló en gran parte de la población a través de las medidas impuestas por el gobierno interventor. La alegría y buena acogida a tales medidas se combinaron, como en otros aspectos de la vida cotidiana, con críticas a la dominación extranjera. Los teatros fueron excelentes escenarios de este acontecer, que fue representado de manera jocosa:

Somos las calles más importantes
de esta bonita población
y si lucimos mejor que antes
es gracias [...] a la intervención.⁸

Los sectores españolistas se expresaron con igual ironía y agilidad en sus versos. Uno de ellos fue Javier de Burgos, cuyas *Décimas de un peninsular* rezaban así:

Os han quitado ya el *In*
Para que seáis *dependientes*
Y el *de* para que *pendientes*
Del amo quedéis al fin.
Víctimas de usura ruin
Ni *dientes* os dejarán
Porque hasta el *di* os quitarán:

⁷ Véase *La Nueva Lira Criolla*, 1903.

⁸ SARACHAGA, 1975, t. 2, pp. 277-330.

Y ya norteamericanos,
De *independientes* cubanos
En *entes* os dejarán.⁹

Estas décimas a su vez tuvieron respuesta, en esta ocasión a cargo de Adalberto Molina en sus versos:

¿Que nuestra estrella apagar
puede el sol americano?
es cosa, querido hermano,
que no os debe preocupar.
Pues la estrella que brillar
se ve en la tierra cubana
será siempre soberana,
y muy lejos de morir
más luz ha de recibir
de la antorcha americana.¹⁰

Era urgente crear imágenes propias, fabricar la memoria y la historia del país como modo de mostrar que Cuba era una nación, una nación soberana con su propia identidad, capaz de ser libre, de tener un gobierno propio con el que gobernarse a sí misma. Fueron momentos de rupturas y también de continuidades. Algunos de estos rompimientos en el orden político se concretaron en leyes y decretos impuestos por el gobierno militar, dirigidos a controlar el espacio público e incluso el privado desde el momento en que éste atentaba o podía atentar contra el orden público. En este sentido, se decretó el cierre de locales donde se vendía alcohol, como los cafés, a las 9:30 de la noche, en algunas ciudades, o a las 11 en otras,¹¹ y se puso fin a determinadas costumbres españolas consideradas símbolo de atraso y de barbarie, como las corridas de toros, que se prohibieron en octubre de 1899.¹²

⁹ Javier de Burgos: "Décimas de un peninsular", en *El Imparcial* (5 dic. 1898). Véase *La nueva lira criolla*, 1903.

¹⁰ *La nueva lira criolla*, 1903.

¹¹ *Diario de la Marina*, año LX, núm. 21, La Habana, 25 de enero de 1899.

¹² Sobre este aspecto pueden verse los trabajos de IGLESIAS, 2000, pp. 44-54 y de RIAÑO SAN MARFUL, 2002.

En estos momentos de subversión del orden nacieron distintas corrientes de pensamiento e ideologías que trataban de dar respuesta a un estado de tensión —cultural, social, racial, política y psicológica— que en gran manera se incrementó por las intervenciones de Estados Unidos en distintos periodos, 1898-1902 y 1906-1909.¹³ Si sólo nos fijáramos en los símbolos, la ruptura sería la característica principal de estos momentos. Los cambios en la toponimia de calles, avenidas y plazas, el bautizo de hoteles, bodegas y todo tipo de comercios, o la reutilización de los espacios fueron las expresiones más visibles de los deseos de romper con el pasado. Pero aun siendo los signos más visibles, actuaron más a nivel simbólico y en una esfera concreta referida al poder político colonial. La nación que querían construir y que reivindicaban en ese momento y desde esas instancias es una nación soberana desde un punto de vista político. Por ello creemos que hay que diferenciar la búsqueda y la reivindicación de lo propio y diferente, a partir del diseño de un Estado nacional soberano, y cuyas manifestaciones guardan relación con los cambios analizados por algunos autores, la búsqueda y definición de una identidad cultural.¹⁴

En la definición de la identidad cultural se buscaron los orígenes, es decir los inicios de la cultura que vertebraba y unificaba la sociedad. Este fijar los orígenes servía, como comenta Edward Said, de referente y de punto de partida de la cultura criolla, que lentamente había ido diferenciándose de la matriz, a la vez que servía como reafirmación de lo propio ya que “el punto de partida prefigura el punto de llegada”.¹⁵ Las huellas del pasado ayudaron a aceptar, rechazar, recrear y reinventar tradiciones y valores de la cultura cubana; contribuyeron a marcar las semejanzas y diferencias con España, y a hallar las claves de lo que muchos contemporáneos percibían como defectos que impedirían o al menos dificultarían la modernización del país.¹⁶

¹³ GEERTZ, 1992, pp. 171-202.

¹⁴ La nación como una creación de naturaleza cultural ha sido analizada por ANDERSON, 1993.

¹⁵ SAID, 1985.

¹⁶ SAID, 1985.

En el caso de Cuba, como hemos analizado en otros trabajos, la búsqueda en las raíces de una nueva identidad en la cultura, en las tradiciones, en la lengua y en la “raza” se combinó, al igual que en otros países, con ideologías construidas a partir de modelos políticos e históricos contemporáneos, en un intento de presentarse como un Estado y una nación moderna.¹⁷ En esta búsqueda de modelos políticos y prácticas sociales, lógicamente se establecieron comparaciones entre el modelo político hispano y el estadounidense, fundamentalmente, a la vez que se puso en tela de juicio el valor de la herencia y las tradiciones hispanas.

Uno de los pensadores que participó en este debate y que influyó de manera directa en la sociedad fue Enrique José Varona. Su intensa y larga vida, que transcurrió de 1849-1933, le hizo ser testigo y protagonista de muchos de los cambios que la isla experimentó desde finales del siglo XIX hasta principios del XX. Su transición del autonomismo al independentismo, en 1885, le afianzó sus ideas evolucionistas que continuamente aplicó a la sociedad cubana. Una sociedad que debía someterse a cambios radicales como única manera de evolucionar; para él, la revolución era sólo una fase de la evolución, la cual tenía que ser completada con distintas medidas que alcanzasen a todo el cuerpo social. De ahí que Varona insistiera en que

La revolución exclusivamente política, había sido como esos vientos huracanados, que despojan al árbol de flores y hojas, pero no quebrantan siquiera las ramas [...] En medio de aquel chocar y combatir de ideas y principios, a pesar de los cambios de programas políticos y de leyes, el viejo orden social conservaba intactas sus más hondas raíces.¹⁸

¹⁷ Algunos trabajos donde analizamos la construcción de la identidad nacional en Cuba, entre 1900-1930, a partir de elementos étnicos y culturales, y la elección de la población blanca de la isla como la portadora de la identidad nacional, se encuentra en NARANJO OROVIO, 1998, pp. 221-234 y 2001, pp. 153-174, y [en prensa].

¹⁸ VARONA, 1949, pp. 47-65. Véase también el libro de ENTRALGO, 1965.

Desde esta perspectiva, propuso el cambio de algunas costumbres hispanas, que obstaculizaban el desarrollo y la modernización de la sociedad. La herencia colonial se presenta en toda su vasta obra como una pesada losa de la cual el pueblo cubano nunca podría librarse. Para Varona, quizá en la esfera cultural, los peligros que podría ocasionar la intervención estadounidense no eran tan alarmantes, por ser más improbables a corto plazo, como sí lo eran cualquier alusión al pasado, el resurgir de una tradición e incluso la presencia de inmigrantes españoles, que podían representar un retroceso en la evolución, e incluso un deterioro en el frágil e inconsistente cuerpo social.¹⁹

El peso que Varona le concedió a la herencia cultural es fruto de su postura intelectual ante los fenómenos biológicos y culturales, y su transmisión. Sus concepciones evolucionistas y su admiración por los avances de la ciencia y el progreso de algunos países, motivaron que Varona considerara que la herencia hispana y los distintos aportes culturales eran factores que no sólo debilitaban y entorpecían el avance, sino que incluso podían hacer retroceder a la sociedad. En sus escritos sobre los beneficios y perjuicios de las mezclas raciales, en los que de modo específico no se refirió a la herencia hispana, Varona consideraba que las costumbres y tradiciones, en términos generales, eran los principales elementos que impedían o retrasaban el avance. En su análisis, la aplicación de la Ley de la Supervivencia de Taylor le condujo a adoptar una posición más crítica frente a los componentes culturales, al considerar que dichos elementos, las costumbres y la religiosidad, sobrevivían durante mucho tiempo y perdían sus caracteres muy lentamente, ejerciendo en “razón inversa del grado de cultura de las capas sociales[...]”²⁰

En oposición a la herencia hispana, a la decadencia que pudiera haberse transmitido al pueblo cubano, Varona se-

¹⁹ A este respecto puede leerse el artículo “La Reconquista”, en *Cuba Contemporánea*, t. IX (sep. 1915), pp.32-38 y VARONA, “La Reconquista”, 1949, pp. 97-103.

²⁰ RIVERO DE LA CALLE, 1966, p. 90. Una edición completa de estas actas ha sido publicada por GARCÍA, 1988.

ñalaba la educación como factor de regeneración. La única solución para salir del estado de decadencia era para Varona, al igual que para otros pensadores positivistas y krausistas, la reforma educativa, verdadera clave del estancamiento o del avance social. En su programa regeneracionista, evolución y educación aparecen como elementos complementarios (primero la evolución y luego la educación). La educación era el factor principal de la evolución social, ya que dotaba a los individuos de los instrumentos y fuerza suficientes para contrarrestar las influencias ajenas y desarraigar las costumbres del pasado. En otras palabras, la educación ayudaría a consolidar la nacionalidad cubana y a mantener la soberanía nacional.

La reforma educativa, aplicada de los grados inferiores a los superiores, ayudaría a desterrar de Cuba las viejas costumbres arraigadas por el catolicismo. Para Varona la religión católica era sinónimo de inmovilismo y decadencia, el factor que impedía el progreso y la incorporación a la modernidad. De nuevo ello nos recuerda la polémica entre latinos y anglosajones, en la cual se hacía referencia a los componentes y características de las religiones de ambas civilizaciones como factores de retraso o progreso; el catolicismo *versus* tradicionalismo, el oscurantismo y la decadencia se contrapusieron al protestantismo, como un dogma más abierto que permitía el desarrollo del hombre en todas sus dimensiones y permitía el avance de las sociedades.

Sólo mediante una educación laica el hombre podría ser verdaderamente libre y la enseñanza abriría sus puertas a los últimos métodos y teorías científicas y experimentales. En 1900 se comenzó a utilizar el proyecto de reforma de la enseñanza de Enrique José Varona.

Otra faceta muy interesante de Varona es su postura ante Estados Unidos; una postura que fue evolucionando acorde con los acontecimientos. La actitud de Varona fue radicalizándose en la medida en que dio más importancia a los factores económicos como propulsores de la evolución y el progreso. De forma reiterada llamó la atención sobre la necesidad de lograr una economía diversificada, crear una industria propia y controlar la riqueza y los me-

dios de producción, ya que de ello dependía la consolidación de la soberanía nacional. En 1905, un año antes de producirse la segunda intervención estadounidense, Varona llamaba la atención a la sociedad cubana sobre la necesidad de abandonar las disputas internas y aunar los esfuerzos en favor del desarrollo y de la defensa del país. “El imperialismo a la luz de la sociología” es uno de los primeros artículos de una larga serie de escritos en los que Varona, hasta su muerte, siguió abogando por la defensa de la soberanía e intentando despertar la conciencia nacional. Muchos de los escritos de Varona sobre este tema fueron publicados en 1906 y 1907, tras la segunda ocupación estadounidense, en el periódico *El Figaro*; “El abismo”, “Patriotismo”, “El interés del país”, “El papel del país”, “El talón de Aquiles”, “En estudio”, “¿Abriremos los ojos?”, “La tregua política”, “Gobierno a distancia”, “El protectorado”, “Lo que puede hacerse”, son algunos de ellos.

En el artículo “¿Abriremos los ojos?”, 1906, Varona explicaba por qué, aunque rechaza la explicación marxista que concede a los elementos económicos ser los causantes de la evolución social, pensaba que la economía era la base de los fenómenos que la provocaban. Años después, en 1911, volvió a plantear el problema de la economía cubana y la dependencia no sólo económica, sino también política que esto generaba.²¹

Para Varona, la sociedad y el país no avanzarían si se mantenía la situación que definió como “una factoría gobernada por cubanos y explotada por extranjeros”. Años más tarde su posición frente a la injerencia extranjera era rotunda y a su solicitud, en 1913, de que se prohibiera la venta de tierras a extranjeros, siguió un escrito, *Con el eslabón*, de 1927, en el que se denuncia con mayor vigor la política exterior estadounidense: “De la vitalidad con que resistamos y nos adaptemos a las nuevas circunstancias políticas dependerá que subsista, en condiciones de progreso, la población cubana”.²²

²¹ VARONA, 1919, pp. 257-261.

²² VARONA, 1949.

LA IDENTIDAD EN CONSTRUCCIÓN/LA SOBERANÍA TAMBALEANTE

La debilidad del Estado-nación, el miedo a la absorción política y económica, pero también cultural por parte de Estados Unidos, y la preocupación continua por la pérdida de los valores y de la moral cívica motivó que la identidad fuera uno de los grandes temas de debate en Cuba a lo largo del siglo XX. En otras palabras, consolidar la identidad nacional llevaba implícito alcanzar el lugar que a Cuba le correspondía entre las naciones civilizadas y mantener la soberanía nacional.

La “transición pactada” que caracterizó el proceso de construcción del Estado nacional cubano, marcó y condicionó el desarrollo del país. La intervención militar estadounidense y la firma de enmiendas a la Constitución cubana, como fue la Enmienda Platt, y de tratados comerciales con Estados Unidos sentaron las bases de la dependencia económica, la subordinación política, el debilitamiento de la soberanía nacional e incluso, para algunos, la pérdida de las tradiciones y valores culturales.²³

Este malestar en la cultura, esta disconformidad con el desarrollo de la vida republicana y con la lenta y continua expropiación de los medios de producción, sobre todo de la tierra de manos cubanas a estadounidenses, se manifestó desde distintos espacios y voces. La intelectualidad, desde historiadores hasta literatos, filósofos y juristas, clamó en distintos momentos por la regeneración moral del pueblo cubano y de sus gobernantes; a su protesta se unía el grito callado del colono, del pequeño y mediano campesino, que veía cómo pasaban las tierras a las grandes centrales azucareras, propiedad del capital estadounidense. El campo fue utilizado como símil de la vida republicana. La ciénaga maloliente retratada por los literatos no era sino el reflejo de la dependencia económica y de la degeneración moral de los cubanos.

²³ Sobre el proceso de formación del Estado nacional en Cuba véase el trabajo de ZEUSKE, 1996, pp. 131-147.

En el reclamo iniciado por algunos novelistas y poetas de la primera generación republicana se encontraban las inquietudes de un pueblo que veía desvanecerse sus anhelos de libertad y soberanía nacional. Esta primera generación identifica la patria con la tierra y el campesinado. El campesino blanco es convertido desde la historia, por Ramiro Guerra, bastión de la identidad cubana. Luis Felipe Rodríguez en las novelas *La ciénaga* y *La conjura de la ciénaga*; Francisco Javier Pichardo, en el soneto *La canción del labriego*; Felipe Pichardo Moya, en *El poema de los cañaverales*, y Agustín Acosta, en *La zafra*, son algunos de estos literatos cuyas obras contribuyeron a identificar patria con campesinado y a crear una imagen idílica del campo. Son los mismos que con Ramiro Guerra denuncian la extensión del latifundio azucarero y la venta de tierras a compañías estadounidenses y reivindicaban el derecho del pequeño agricultor a mantener sus propiedades.²⁴ Ellos son los que desde el nacimiento de la República vierten en sus poemas su dolor por la pérdida de la patria, por la enajenación de las tierras y de la identidad; son los predecesores del sentir de algunos intelectuales cuya obra definió una nueva generación, que expresa de manera singular la angustia por la falta de valores morales y la desintegración nacional.

La población y su diversa composición étnica, que al menos durante las dos primeras décadas del siglo XX tanto preocupaba a los gobernantes e intelectuales, al considerarla como un elemento fundamental de la falta de cohesión e integridad de la sociedad cubana y, consecuencia de ello, de la debilidad del Estado, también fue observada desde otras instancias. Lograr una población sana era símbolo de civilización, por ello los médicos demandaron la puesta en marcha de medidas higiénico-sanitarias que, siguiendo las políticas estadounidense y las de los países más civilizados, mejorasen la salubridad de las ciudades y la salud pública y desterraran las epidemias —sobre todo la fiebre amarilla y el paludismo—. Este afán por el saneamiento, por la aplicación de medidas higiénicas en todos los ámbi-

²⁴ NARANJO, 2001, pp. 153-174.

tos de la sociedad, en las esferas pública y privada, se tradujo desde el comienzo de la intervención estadounidense en la promulgación de leyes y decretos encaminados a controlar la salud y, en última instancia, la población.

Con estas medidas higiénico-sanitarias, amparados por la legislación y erigiéndose como defensores de la integridad social y nacional, los distintos gobiernos, en los que ocuparon altos cargos diferentes médicos, pusieron en marcha prácticas y proyectos encaminados a lograr una sociedad no sólo con mejores grados de salubridad, sino también cohesionada. De esta manera, desde el momento en que la cohesión y el grado de integración de la sociedad se hizo depender de la homogeneidad de su población, la selección étnica tuvo un lugar prioritario en el diseño de la política gubernamental y en el imaginario nacional de la élite que trató de restringir la identidad a un grupo e intentó por todos los medios de retrasar la inclusión de grupos no blancos. La fuerte tensión racial que vivió la sociedad cubana en el siglo XIX y, al menos, las dos primeras décadas del XX, que permeó las mentalidades y las prácticas sociales y culturales, debe diferenciarse de las conquistas políticas alcanzadas por la población de color desde el nacimiento de la República en 1902. El racismo y la exclusión operó a otros ámbitos, aunque la República incorpora a todos los cubanos como ciudadanos de la nación.

AZÚCAR Y POBLACIÓN

Junto a la voz de Enrique José Varona, en estos primeros años, hasta muy entrada la década de 1920, se escucharon las opiniones de otros intelectuales que clamaban por el desarrollo cultural del país, el fortalecimiento de la integridad cultural, la soberanía nacional y la independencia económica. En sus obras de carácter histórico y literario dichos intelectuales, preocupados por definir la esencia de la nacionalidad cubana y por mantener de la cubanidad contra la injerencia extranjera, también abordaron el tema de la inmigración. Junto a éstos, es interesante destacar los de-

bates surgidos desde otros ámbitos científicos, como la antropología y la medicina, sobre todo por los médicos higienistas y los defensores de la eugenesia, acerca de los beneficios y perjuicios que la mezcla racial había ocasionado a la población cubana, la peligrosidad de algunos de sus elementos, así como las nuevas entradas de inmigrantes.²⁵

La peligrosidad social que el negro representaba a principios del siglo XX, denunciada por Fernando Ortiz y, a lo largo de la República, por Israel Castellanos, quienes establecieron fuertes paralelismos desde la antropología entre la delincuencia y el origen étnico de las poblaciones más propensas al crimen, caracterizadas en el brujo, el ñáñigo cubanos y, en menor medida, en los chinos,²⁶ se incrementó a medida que avanzaba la década de 1910. Una vez más en la historia de Cuba, el aumento de la producción azucarera propició la llegada de mano de obra; unido a esta elevación de la producción, el desarrollo de la conflictividad laboral motivó que a partir de 1913 se auspiciara la entrada de otros trabajadores como los braceros haitianos y jamaquinos. La condición de extranjeros, su desconocimiento del idioma, el hecho de que no estaban integrados en el movimiento obrero y sindical y los bajos salarios que se les pagaban a estos trabajadores temporales fueron las principales causas de su contratación. La entrada de antillanos continuó hasta los años veinte como consecuencia del periodo de bonanza económica que vivió Cuba entre 1914-1920, denominado “Danza de los Millones”, al convertirse durante la primera guerra mundial en el principal abastecedor de dulce y, en consecuencia, elevarse extraordinariamente los precios del azúcar en el mercado internacional. La legislación se adaptó con rapidez a estas nuevas circunstancias autorizando la libre entrada de braceros durante los años que durase la guerra.

La nueva situación internacional provocó la puesta en marcha de leyes de inmigración de carácter más abierto que las anteriores, en concreto la Ley de Inmigración de 3

²⁵ GARCÍA y ÁLVAREZ, 1999.

²⁶ NARANJO OROVIO y PUIG-SAMPER, 1998, pp. 11-23.

de agosto de 1917, que fue aprobada el 29 de octubre por el decreto número 1.701. Dicha ley actuó como marco legal de la inmigración contratada hasta 1926. Mediante esta ley se autorizaba la entrada libre de braceros hasta los dos años siguientes a que finalizase el conflicto, en las condiciones estipuladas en su artículo 1º, que continuaba poniendo especial atención en las medidas higiénico-sanitarias con el fin de garantizar que los nuevos inmigrantes no fueran portadores de enfermedades infecciosas, que se dedicaran a actividades productivas y no fuesen carga pública.²⁷

Sin embargo, a finales de 1920 el descenso brusco del precio del azúcar, que pasó de 11.95 centavos la libra a 3.10 centavos, motivó una de las mayores crisis económicas de Cuba. Deteniéndonos en los años que duró la Danza de los Millones, es interesante observar cómo el crecimiento azucarero provocado por la demanda de mayor producción incrementó de manera espectacular el número de entradas en la isla. En otros trabajos ya hemos demostrado la correlación existente en esos años de auge económico-azucarero con la afluencia masiva de inmigrantes y jornaleros.²⁸ En estos años comienza a registrarse con mayor intensidad la entrada de jamaquinos y haitianos para el corte de caña, quienes compitieron con la tradicional y predominante inmigración española, cuyas entradas son sobrepasadas en el quinquenio comprendido entre 1917-1921 por la llegada de aquéllos. Esta desproporción y brusca variación en las entradas avivaron de nuevo el debate sobre el tipo de inmigrante deseado.

Una vez más se acusó a las poblaciones no blancas de la fragilidad de la integridad nacional, la cual a su vez era el requisito para mantener y consolidar la soberanía nacional. Y, como en otras ocasiones, estas poblaciones también fueron perseguidas por su carácter asocial, tanto desde un punto de vista criminológico como higiénico. Los discursos

²⁷ NARANJO OROVIO y GARCÍA, 1996.

²⁸ La correlación obtenida mediante un análisis multifactorial en el número estimado de inmigrantes ha sido de 78.13%. Véase NARANJO OROVIO, 1992, pp. 749-794 (pp. 774-775 y 794).

sobre la supuesta peligrosidad para la integridad nacional, el progreso, la salud del pueblo cubano, etc., aumentaron lógicamente tras el *crack* de 1920, cuando la demanda de brazos para el azúcar descendió. Por otra parte, el desarrollo de la eugenesia en estos años contribuyó con gran fuerza a controlar la sociedad participando en los debates en torno a la sociedad y a las poblaciones que se querían; para ello proponían que se realizase una selección a partir del control de la reproducción, la realización de análisis somáticos y hereditarios, etcétera.²⁹

La creencia de que la civilización y el progreso se lograban mediante el mejoramiento de la población, contribuyó a la puesta en marcha de la comentada selección étnica. En 1909, Francisco Menocal, comisionado de Inmigración, en una memoria sobre la ley de inmigración presentada en la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana, apuntaba la necesidad de importar trabajadores blancos que contribuyeran al avance de la sociedad y a la consolidación de la nación.³⁰ Defensor de la política inmigratoria implantada en 1902, a partir del modelo estadounidense, comentaba que gracias a ésta se había conseguido que no desembarcasen “en nuestros puertos los dementes, idiotas, mendigos, criminales, personas susceptibles de convertirse en carga pública y los atacados de enfermedades graves, contagiosas y repugnantes [...]” En estos años, algunos de los médicos que trataron de probar la necesidad de mejorar la población mediante el blanqueamiento, incluyeron en sus estudios otros factores socioeconómicos. Uno de ellos fue Juan Santos Fernández quien, en 1915, ya defendía la pequeña propiedad como medio de conseguir un campesinado estable que asegurase el trabajo agrícola: “[es preferible] conservar los que tenemos atrayéndolos a las labores rurales, que muchos ya conocían antes, que buscar mercenarios para éstas”.³¹

²⁹ Sobre la eugenesia en Cuba, véase el extenso y exhaustivo libro ya citado de GARCÍA y ÁLVAREZ, 1999.

³⁰ MENOCAL, 1909, pp. 226-242.

³¹ SANTOS FERNÁNDEZ, 1960, pp. 9-17.

En los años veinte, los discursos médicos presentados a la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana por Jorge Le-Roy y Cassá y Francisco María Fernández, entre otros, alertaron sobre la peligrosidad de la inmigración jamaicana y haitiana, a las que hacían responsables de las dos epidemias de paludismo que habían azotado la isla en los últimos años, y que afectaban la “vitalidad de la raza”.³² La idea generalizada entre los médicos sobre los peligros higiénico-sanitarios, y también morales, que entrañaban estos inmigrantes motivó que en 1923 los miembros de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana enviaran un informe al presidente de la República, Alfredo Zayas, en el que alertaban a

[...] los poderes públicos acerca de los peligros que para la salud del pueblo cubano y tanto en el orden sanitario como en lo social entraña la inmigración de elementos no deseables y formula otra vez sus advertencias hacia la responsabilidad que contraen con la nación todos aquellos que con el pretexto de favorecer los trabajos agrícolas y la industria azucarera autorizan y fomentan la entrada de extranjeros portadores de enfermedades transmisibles y vectores de costumbres viciosas y criminales.³³

La entrada de 14000 haitianos y jamaicanos en 1927, “contra toda conveniencia económica desde el punto de vista nacional, sanitario y social”, fue criticada por algunos médicos, como Luis Marino Pérez, quien pese a reconocer el importante papel de los jornaleros y su contribución al crecimiento económico, exponía con alarma la posibilidad de que el oriente se africanizara y se originase “un problema de raza que debilitara a la nación cubana”.³⁴

En estos años, el debate cobró más fuerza tras la publicación del libro de Luis Araquistáin titulado *La agonía an-*

³² FERNÁNDEZ, 1921, p. 209 y LE-ROY Y CASSÁ, 1923-1924, pp. 441-470.

³³ Véase el debate sobre el trabajo de LE-ROY Y CASSÁ en el acta de la sesión pública ordinaria del 14 de diciembre de 1923, en LE ROY Y CASSÁ, 1923, pp. 411-418.

³⁴ PÉREZ, 1927, pp. 3 y 6.

tillana. El imperialismo yanqui en el mar Caribe, publicado en Madrid en 1928, así como de un artículo, aparecido en el periódico madrileño *El Sol*, en 1927, bajo el título de “La africanización de Cuba”. En ambos se planteaban la cuestión racial de Cuba y la inmigración antillana bajo distintas perspectivas. Por una parte, se comentaba el peligro que suponía la inmigración antillana desde el punto de vista sanitario, y por otro se resaltaba el carácter antinacional de la misma.³⁵

La agonía antillana recoge parte de las impresiones y juicios de Araquistáin tras su visita a las Antillas Mayores, entre 1926-1927. Éste pretende ser un punto de partida para estudiar de forma comparativa las diferentes colonizaciones europeas, en concreto en América y el Caribe, como medio de encontrar las causas de las disparidades demográficas y económicas entre las distintas ex colonias. Seguidor de las tesis planteadas por Ramiro Guerra en *Azúcar y población en las Antillas*, Araquistáin plantea que en el proceso de colonización subyacen diferentes factores determinantes de la evolución no sólo cultural, sino también económica, demográfica y social de las antiguas colonias. Para él sólo la colonización española había sabido llevar el “germen de nacionalidad y civilización” europeo, anulado en las antiguas colonias de Gran Bretaña, Francia, Holanda y Dinamarca por la introducción masiva de negros esclavos.

La alarma aparece en la obra de Araquistáin igual que en las obras de Ramiro Guerra. Alarma ante la africanización de la isla con la llegada de braceros jamaquinos y haitianos que demanda la expansión del latifundio azucarero; alarma ante la desaparición del pequeño agricultor que vende sus tierras a las grandes compañías estadounidenses; alarma, en definitiva, ante el desvanecimiento de lo que para ellos era la cultura y la civilización de Cuba:

[...] Cuba quiso, con derecho innegable, con razón ideal incontrovertible, emanciparse de España, ser ella misma, americana, antillana, cubana; pero el hecho es que, al cabo de un

³⁵ ARAQUISTÁIN, 1961.

cuarto de siglo de independencia nominal, hoy se está africanizando más que nunca. El cubano trató de desalojar al español; pero el negro, con sus menores necesidades, acabará expulsando al español y al propio cubano.³⁶

Araquistáin contempla con horror el descenso real de la corriente migratoria española en la isla y el ascenso de entradas de antillanos y chinos. Para él, como lo era para José María Merchán, Raimundo Cabrera y Ramiro Guerra, ello suponía la pérdida de la nacionalidad cubana, de la integridad nacional y de los valores supremos de la cultura cubana, que hacían patrimonio del hombre blanco. Sus palabras no pueden ser más reveladoras:

Las grandes emigraciones extranjeras han sido siempre un peligro de disolución para las nacionalidades que las reciben, o por lo menos una rémora en su formación. En el caso de los negros antillanos en Cuba esos inconvenientes se agudizan: por mutuos prejuicios de raza, por notables diferencias en el nivel de la cultura y por hablar lenguas distintas de la española, francesa los haitianos e inglesa los jamaquinos. En tales circunstancias la asimilación es casi imposible. Pero el peligro máximo: que se disuelva la nacionalidad [...] ³⁷

El tono y el tema planteado en el libro y el artículo provocaron la indignación de algunos cubanos, como el entonces embajador de Cuba en España, García Kohly, quien lo consideró una ofensa a la República de Cuba. En el asunto tuvo que mediar Emilio Roig de Leuchsenring, uno de los intelectuales más prestigiosos de la isla.

La publicación de Leuchsenring de la carta enviada por Araquistáin desde Madrid, el 21 de octubre de 1927, a la que acompañó una nota aclaratoria sobre la utilización del término “africanización”, volvió las aguas a su cauce. En ella el intelectual cubano puntualizaba que el uso de dicho término no suponía una ofensa en ningún momento a Cuba, ni tampoco a los habitantes de color de la isla. Con tono

³⁶ ARAQUISTÁIN, 1961, pp. 163-164.

³⁷ ARAQUISTÁIN, 1961, p. 170.

conciliador, Roig de Leuchsenring explicaba la paridad del uso y el significado de dicho término en boca del escritor español y de escritores cubanos que se habían preocupado de analizar los problemas étnicos de Cuba

[...] en el sentido de la inmigración indeseable, no por africana, sino por lo menos civilizada, más débil y más fácilmente explotable por el capitalismo extranjero, más “esclavizable” por éste. Por eso el señor Araquistáin incluye dentro del término “africanización” a los chinos inmigrantes, siendo ridícula la pregunta que le hace en su réplica el señor García Kohly de “si los chinos son africanos”, y demostrando con ello el señor embajador que no tiene la más ligera noción sobre estos problemas gravísimos, que está obligado a conocer el diplomático que verdaderamente representa a su país.³⁸

En la defensa de Araquistáin, Roig de Leuchsenring destacaba la ideología liberal y progresista de este “enemigo de la monarquía y la dictadura”, un pensador preocupado de los males sociales, económicos y culturales que afectaban a Cuba y España, en un periodo de crisis económica en que las repatriaciones de inmigrantes españoles aumentaban, mientras Cuba continuaba recibiendo una inmigración indeseable haitiana, jamaíquina y china. Presentado el problema, lamentaba lo que el fenómeno observado significaba para sus compatriotas, y señalaba el peligro que creía representaba para Cuba. A partir de lo expuesto, Roig de Leuchsenring ratificaba las palabras de Araquistáin al afirmar que Cuba se estaba africanizando “dando entrada a inmigraciones indeseables, baratas, explotables, que desalojan al nativo y al buen inmigrante y a reafirmar más el predominio económico del capitalismo yanqui”. Los inmigrantes de China, Haití y Jamaica —agregaba en otro artículo— no sólo constituían una inmigración indeseable por su corto grado de civilización y su fácil explotación por parte de las grandes compañías yanquis, sino que además privaban de trabajo bien remunerado al obrero y campesino cubanos y al buen inmigrante, favore-

³⁸ ROIG DE LEUCHSENRING, 1927, pp. 18 y 27.

ciendo “el acaparamiento cada vez mayor del suelo y riquezas cubanas por los *trusts* estadounidenses y la mayor ganancia de éstos con el menor costo posible aun en las peores épocas de crisis económica nacional, sin beneficio alguno para la República”.³⁹

La *Revista Social* y *Carteles* recogen varios de los escritos de Roig de Leuchsenring. Sus artículos, firmados con el seudónimo de “El curioso parlanchín”, constituyen una de las críticas sociales y políticas más agudas contra el orden económico y el sistema político, en el que la corrupción había hecho de la “botella”—del soborno y del “enchufe”— una institución nacional.⁴⁰ El intervencionismo estadounidense, al que calificaba como “mal de males de Cuba”, era el causante —como lo fue para Ramiro Guerra— de la entrada masiva de braceros antillanos y chinos, que no sólo desplazaban al nativo y al español del trabajo, sino que también eran factores que propiciarían la desintegración nacional.⁴¹ En otro artículo de 1927, “Cuba, esclava de la industria azucarera”, Leuchsenring aborda uno de los principales problemas que la isla arrastraba desde los siglos anteriores: el mantenimiento del monocultivo y la explotación de su industria por parte de compañías estadounidenses. Un sistema económico que generó y reforzó la esclavitud, y que en el siglo XX continuaba presente bajo otras formas:

El problema de hoy [comentaba Leuchsenring], es más grave que el de ayer, pues no son muchos y pequeños los ingenios, sino pocos y grandes, la mayoría yanquis [...] acaparadores de las

³⁹ ROIG DE LEUCHSENRING, 1927a, pp. 14 y 27.

⁴⁰ Sobre estos temas son sumamente reveladores algunos de los artículos publicados en la *Revista Social* como: ROIG DE LEUCHSENRING, 1925, p. 21 y 1925a, p. 94.

Otro interesante libro de este autor en el que se analizan los “defectos” y “vicios” de la vida social y política cubana de la época es la obra que recoge distintos artículos publicados sobre las costumbres cubanas, ROIG DE LEUCHSENRING, 1923.

⁴¹ ROIG DE LEUCHSENRING, 1931. Los paralelismos entre Ramiro Guerra y Roig de Leuchsenring son evidentes. Para un estudio de la obra de Ramiro Guerra véanse DÍAZ QUIÑONES, 1993, pp. 395-414 y NARANJO OROVIO, 2001, pp. 153-174.

extensiones enormes de tierra que hemos perdido los cubanos con peligro gravísimo para nuestra libertad y soberanía.⁴²

Los datos de entrada de inmigrantes en Cuba le sirvieron para corroborar sus temores, compartidos por otros intelectuales y médicos higienistas, ante la desaparición de la inmigración española frente a las entradas de antillanos. La afluencia masiva de haitianos y jamaíquinos había aumentado a partir del segundo semestre de 1917, tras la autorización del gobierno a dos compañías azucareras de introducir antillanos para trabajar en los centrales Tánamo, Preston y Boston, 4 000 braceros a la Atlantic Fruit and Sugar of Cuba y 10 500 a la United Fruit Company.⁴³

Tras realizar un análisis económico, social y cultural de los beneficios y perjuicios que ocasionarían a Cuba las diferentes inmigraciones, Emilio Roig de Leuchsenring aclaraba que su ataque a las inmigraciones antillana y china no se debía a su composición, integrada en su totalidad por individuos de color, sino por los aspectos culturales y étnicos de la misma, que restaban unidad a la nación cubana y no contribuían al progreso y modernización perseguidos:

[...] por su baja civilización e inadaptabilidad a todo progreso y mejoramiento cultural y sanitario, su poco poder asimilativo no ya con el blanco nativo o extranjero, sino también con el negro cubano, formado en las poblaciones o campos donde residen verdaderas colonias, apartadas por completo de nuestra nacionalidad. No es por tanto ésta, la inmigración que debe desear todo país: la que además de condiciones relevantes de civilización, cultura y sanidad, se asimila fácilmente a la sociedad en que emigra, diluyéndose por absorción en ella y contribuyen de esa manera a la unidad, robustecimiento y mejoramiento de la estructura nacional.⁴⁴

El artículo “Lo más negro de nuestra africanización no es el negro”, publicado en *Carteles*, en 1927, era un duro ale-

⁴² ROIG DE LEUCHSENRING, 1927b, pp. 18 y 27.

⁴³ Un análisis detallado de los problemas de Cuba, su dependencia exterior, es abordado por ROIG DE LEUCHSENRING, 1929.

⁴⁴ ROIG DE LEUCHSENRING, 1929.

gato contra la entrada de inmigrantes no blancos, “analfabetos, indeseables, nocivos para el país...”, que favorecían la pérdida de la nacionalidad cubana a la vez que debilitaban la cohesión nacional. Las palabras de Emilio Roig de Leuchsenring, cuyo prestigio y autoridad académica nadie ponía en duda, y que llegó a ser el historiador oficial de la ciudad de La Habana, son ejemplo de los ataques que recibió la inmigración no blanca desde distintos ámbitos y medios de divulgación:

[...] los que consienten y autorizan año tras año, la entrada de esos inmigrantes, indeseables, verdaderos aventureros del trabajo, de escasísima civilización, pésimas condiciones sanitarias, bajo nivel moral, no asimilables a la población cubana, analfabetos en su mayoría [...] debían cerrarles el paso a esos inmigrantes, no dando más autorizaciones para el embarque de haitianos, jamaquinos ni otros inmigrantes “nocivos” al país, reglamentando debidamente la inmigración para que no entren, declarados o disfrazados.⁴⁵

Por ello, llamaba la atención a los gobernantes y juristas para que pusieran los remedios necesarios con el fin de limitar la entrada de elementos ajenos y poco asimilables al país, así como para que desarrollasen una política de selección a partir de las características culturales y morales de los pueblos, una selección étnica en la que se diera preferencia a la entrada de familias, que, lejos de crear colonias aisladas, se arraigarían y confundirían con la población.

En “La colonia superviva”, conferencia pronunciada en la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, en 1924, Emilio Roig de Leuchsenring criticaba a las autoridades e intelectuales de Cuba por su despreocupación ante un tema tan importante para una nación como el mejoramiento y modificación de su composición étnica, que, en el caso de Cuba, se mantenía en la misma situación que en tiempos de la colonia. Volviendo su mirada hacia otros países americanos, argüía que no se había sabido fortalecer la población

⁴⁵ ROIG DE LEUCHSENRING, 1927, p. 22.

[...] con sabias inyecciones de útiles inmigrantes que arraiguen entre nosotros, se identifiquen con nuestro país y lleven a él sanas costumbres [...] Ahora, como antaño, sólo llegan a nuestras playas los mismos inmigrantes españoles, de determinadas provincias de la península ibérica, buenos, laboriosos, pero útiles sólo en muy limitadas actividades; y para que la semejanza entre el ayer colonial y el hoy republicano se convierta en identidad, entran todavía como en otras épocas, por diversas partes de la República, cargamentos de chinos, comprados casi y que después desalojan a los obreros cubanos. Y si no existe esclavitud negra, la trata negra sí continúa, con la única diferencia de que ahora, en vez de hacerse con África, se hace con Jamaica y Haití.⁴⁶

Como contrapunto a estas ideas, ya entrada la década de los veinte, Fernando Ortiz comienza a elaborar otra idea sobre la cubanidad, y acomete el análisis del carácter nacional cubano a partir del estudio de las características psicosociales. Su evolución científica, que pasó de posturas lombrosianas y positivistas a análisis más globales e integrales de la sociedad, de la historia y del individuo, le condujo a criticar los estudios y visiones de las sociedades a partir de las razas y no de las culturas.⁴⁷ Este planteamiento fue simultáneo a los ataques que realizó contra la creencia en la existencia de diferencias raciales a partir de supuestas categorías raciales, a las que calificaba de artificiales y convencionales, y a las cuales delimitó a una categoría de cultura. Ello contribuyó a que Ortiz participara y fuera uno de los principales intelectuales que elaboraron un nuevo imaginario nacional, en el que las diferencias de color y de cultura fueran elementos de riqueza y no de exclusión, pobreza o degeneración.⁴⁸ Fue precisamente el estudio de las culturas y no de las razas lo que desembocó en la definición de la cubanidad como una categoría de cultura en la que la fusión de todos los aportes étnicos de la isla llevaría a la inte-

⁴⁶ ROIG DE LEUCHSENRING, 1927, p. 22.

⁴⁷ NARANJO OROVIO y PUIG-SAMPER, 1998, pp. 11-23.

⁴⁸ ORTIZ, 1940, pp.161-186 y ORTIZ, 1991; PUIG-SAMPER y NARANJO, 1999, pp. 192-221, y NARANJO OROVIO y PUIG-SAMPER 2000, pp. 477-504.

gración de todas las fuerzas sociales que formaban parte de Cuba y de su nacionalidad.

REFERENCIAS

ANDERSON, Benedict

- 1993 *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

ARAQUISTÁIN, Luis

- 1961 *La agonía antillana. El imperialismo yanqui en el mar Caribe*. La Habana: Lex.

COLOM, Francisco (coord.)

- [en prensa] *La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. España-México: Fondo de Cultura Económica-Universitat Jaume I.

DÍAZ QUIÑONES, Arcadio

- 1993 "El enemigo último: cultura nacional y autoridad..." y "Salvador Brau: la paradoja de la tradición autonomista", en *La Torre*, VII: 27-28, pp. 395-414.

ENTRALGO, Elías

- 1965 *Algunas facetas de Varona*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.

FERNÁNDEZ, Francisco María

- 1921 "Nota editorial", en *Crónica Médico-Quirúrgica de La Habana*, t. 47, p. 209.

GARCÍA, Armando

- 1988 *Actas y resúmenes de actas en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba en publicaciones del siglo XIX*. La Habana: Academia.

GARCÍA, Armando y Raquel ÁLVAREZ

- 1999 *En busca de la raza perfecta. Eugenesia e higiene en Cuba, 1898-1958*. Madrid: Consejo Superior de Investigación Científica.

GEERTZ, Clifford

- 1992 *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

HUERTAS, Rafael y Carmen ORTIZ (coords.)

1998 *Ciencia y fascismo*. Madrid: Ediciones Doce Calles.

IGLESIAS, Marial

2000 "La 'descolonización' de los nombres: identidad nacional y toponimia patriótica en Cuba (1898-1902)", en *Debates Americanos*, 9, pp. 44-54.

LE-ROY Y CASSÁ, Jorge

1923 "Acta de la sesión pública ordinaria del 14 de diciembre de 1923", en *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, t. 60, pp. 411-418.

1923-1924 "Sobre inmigración anti-sanitaria", en *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, t. 60, pp. 441-470.

MARTÍNEZ ORTIZ, Rafael

1929 *Cuba. Los primeros años de independencia*. La Habana: Le Livre Libre, 2 vols.

MENOCAL, Francisco

1909 "La Ley de Inmigración debe inspirarse en el principio científico de la selección como medio de mejoramiento de la raza", en *Archivos de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana*, XVI:10 (octubre), pp. 226-242.

NARANJO OROVIO, Consuelo

1992 "Trabajo libre e inmigración española en Cuba, 1890-1930", en *Revista de Indias*, LII:195-196 (mayo-dic.), pp. 749-794.

1998 "Cuba, 1898: Reflexiones en torno a la continuidad y a los imaginarios nacionales", en *Cuadernos de Historia Contemporánea* (Dossier: 1898: España fin de siglo), 20, pp. 221-234.

2001 "La historia se forja en el campo: nación y cultura cubana en el siglo XX", en *Historia Social*, 40, pp. 153-174.

[en prensa] "Blanco sobre negro: debates en torno a la identidad en Cuba, 1898-1920", en *COLOM*.

NARANJO OROVIO, Consuelo y Armando GARCÍA

1996 *Medicina y racismo en Cuba. La ciencia ante la inmigración canaria, siglo XX*. La Laguna-Tenerife: Ayuntamiento de La Laguna-Centro de Cultura Popular Canaria.

NARANJO OROVIO, Consuelo y Miguel Ángel PUIG-SAMPER

- 1998 "Delincuencia y racismo en Cuba: Israel Castellanos *versus* Fernando Ortiz", en HUERTAS y ORTIZ, pp. 11-23.
- 2000 Fernando Ortiz y las relaciones científicas hispano-cubanas, 1900-1940", en *Revista de Indias*, XL:219 (mayo-ago.), pp. 477-504.

NARANJO OROVIO, Consuelo, Miguel Ángel PUIG-SAMPER y Luis M. GARCÍA MORA (coords.)

- 1996 *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*. Aranjuez (Madrid): Ediciones Doce Calles.

NARANJO OROVIO, Consuelo y Carlos SERRANO (coords.)

- 2001 *Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español*. Madrid: Consejo Superior de Investigación Científica-Casa de Velázquez.

La nueva lira criolla

- 1903 *La nueva lira criolla. Compilación de guarachas, décimas y canciones de la guerra. Un Vueltarribero*. 5a. edición aumentada. La Habana: Imp. y Lib. "La Moderna Poesía".

ORTIZ, Fernando

- 1940 "Los factores humanos de la cubanidad", en *Revista Bimestre Cubana*, XIV:2, pp. 161-186.
- 1991 *Estudios etnosociológicos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

PÉREZ, Luis M.

- 1927 "Inmigración jamaíquina desde el punto de vista social, económico y sanitario", en *La Tribuna Médica*, II: 46 (30 oct.), pp. 3 y 6.

PUIG-SAMPER, Miguel Ángel y Consuelo NARANJO OROVIO

- 1999 "Fernando Ortiz: herencias culturales y forja de la nacionalidad", en NARANJO y SERRANO, pp. 192-221.

RIAÑO SAN MARFUL, Pablo

- 2002 *Gallos y toros en Cuba*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz.

RIVERO DE LA CALLE, Manuel

- 1966 *Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*. La Habana: Comisión Cubana de la UNESCO.

ROIG DE LEUCHSENREING, Emilio

- 1923 *El caballero que ha perdido su señora*. San José de Costa Rica: J. García Editor.

- 1925 "Ensayos sobre la botella como institución nacional", en *Revista Social*, x:10 (oct.), pp. 40 y 68; x:1 (1^o nov.), p. 21.
- 1925a "Los hombres providenciales", en *Revista Social*, x:10 (oct.), p. 94.
- 1927 "¿Se está Cuba africanizando?", en *Carteles*, x:48 (27 nov.), pp.18 y 27.
- 1927a "El problema, gravísimo para Cuba, de las inmigraciones indeseables", en *Carteles*, x:49 (4 dic.), pp. 14 y 27.
- 1927b "Cuba, esclava de la industria azucarera", en *Carteles*, x:51 (18 dic.), pp. 18 y 27.
- 1929 *La colonia superviva*. La Habana: Imprenta el siglo xx.
- 1931 *El intervencionismo norteamericano, mal de males de la Cuba republicana*. San José de Costa Rica: Ediciones del Repertorio Americano.

SAID, Edward W.

- 1985 *Beginnings: Intention and Method*. Nueva York: Columbia University Press.

SANTOS FERNÁNDEZ, Juan

- 1960 "La vida rural. Discurso pronunciado en la Academia de Ciencias de La Habana el 19 de mayo de 1915", en *Cuadernos de Historia Sanitaria*, 16, pp. 9-17.

SARACHAGA, Ignacio

- 1975 *¡Arriba con el Himno! Revista política, joco-seria y bailable en un acto, cinco cuadros y apoteosis final*. Escrita en 1900, en *Teatro bufo. Siglo XIX. Antología*. Selección y prólogo de Rine Leal. La Habana: Arte y Literatura, t. 2, pp. 277-330.

VARONA, Enrique José

- 1919 *De la Colonia a la República*. La Habana: Sociedad Editorial Cuba Contemporánea.
- 1949 *Por la patria, en la colonia y en la república*. La Habana: Oficina del Historiador.

ZEUSKE, Michael

- 1996 "1898. Cuba y el problema de la 'transición pactada'. Prolegómeno a una historia de la cultura política en Cuba (1880-1920)", en NARANJO OROVIO, PUIG-SAMPER y GARCÍA MORA, pp. 131-147.